

# La Mano Puesta Sobre la Cabeza del Holocausto NO. 1771

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 16 DE MARZO, 1884,  
POR CHARLES HADDON SPURGEON,  
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

***“Y pondrá su mano sobre la cabeza del holocausto,  
y será aceptado para expiación suya. Entonces  
degollará el becerro en la presencia de Jehová.”  
Levítico 1:4, 5.***

Sin duda alguna, la enseñanza acerca de los sacrificios establece claras distinciones entre holocaustos, ofrendas vegetales, sacrificios de paz y sacrificios por el pecado. En esos diversos sacrificios tenemos múltiples facetas de la obra de expiación de nuestro Señor, vistas desde diferentes perspectivas. Será una bendición estudiar estas deliciosas lecciones en otra ocasión y guardarlas en nuestro corazón; pero en este momento no me dispongo a adentrarme en tales consideraciones.

Estas instructivas distinciones son la propiedad especial de quienes, después de muchos años, tienen sus sentidos bien ejercitados, y pueden discernir, no solamente la grandiosa obra de nuestro Señor, sino cada uno de sus detalles. Mi mente no es lo suficientemente robusta para presentar “En tazón de nobles la crema” a los hombres de robusta constitución, sino que debo contentarme con servir a los pequeñitos un vaso de leche. No puedo cargar los grandiosos racimos desde Escol, y por lo tanto les presento con mis manos temblorosas unas cuantas uvas.

Esta mañana deseo predicar de tal manera que pudiera yo responder a la oración de aquel pequeñito que, un sábado por la tarde, antes de irse a la cama, pedía en oración: “Señor, concédeme que nuestro ministro diga mañana algo que yo pueda entender.” Lamento mucho que sea necesaria alguna vez una oración así, pero me temo que no sólo es necesaria para los niños, sino que muchos adultos también tienen que orar así: “Señor, ayuda a nuestro ministro a decir algo que podamos entender, y que valga la pena que entendamos.”

Algunos de mis hermanos parecen habitar en el elevado Olimpo, en medio de las nubes: sería mucho mejor que vivieran en el Calvario. Muy poco rocío desciende desde las oscuras montañas de la fantasía intelectual; las gotas verdaderamente refrescantes se encuentran en el monte Hermón del Evangelio. Me identifico con el Doctor Guthrie, que deseaba que quienes le rodeaban le cantaran un himno infantil; yo quisiera ser un niño cuando les predico. Las cosas sencillas son siempre las más sublimes, y para un enfermo son las más dulces. Quisiera alcanzar una claridad meridiana al exponer el camino de expiación por la muerte de Jesús.

También tengo una razón para predicar una verdad fundamental el día de hoy, que para mí es muy poderosa, aunque ustedes pudieran reírse de ella. Es ésta: si sólo contara con unas pocas balas para disparar, querría dar en el blanco con cada una de ellas; es decir, si sólo pudiera hablarles una única vez, el día de hoy, después de estar convaleciente durante tres semanas, deseo hablarles exclusivamente sobre aquellos tópicos que tratan con los elementos vitales de la piedad. Quisiera zambullirme en el corazón del asunto, y tratar con la esencia y el alma de la verdadera religión.























